

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

UNA SUPERCHERIA CHINA.

(Conclusion.)

En aquel momento entraron cuatro criados y pusieron á los pies de Witmore un enorme regalo que le hacia Tsing: era un pedazo de piedra groseramente esculpida que queria representar al Neptuno chino. El dios estaba sentado á lo oriental sobre el borde de doce medias cañas que figuraban el mar, cubierta la cabeza con una especie de mitra, en una mano un pescado, y en la otra un imán.

Witmore se vió muy embarazado con aquel regalo: apenas le habian podido llevar cuatro hombres en unas angarillas de madera de alerce. El desgraciado diplomático se paseó algun tiempo al derredor del regalo ministerial, y mandó á los criados le colocasen en su cuarto en donde permaneceria hasta su marcha. Cuando daba aquella orden, anunciaron la gran diputacion de los letrados de *Tschium-ta-quann-min*, antorchas de la ciencia histórica: es la mas antigua é ilustrada de las academias del universo: inventó el uso del hierro antes de Tubalcain, el arado antes de Triptolemo, la

the, Kay-yug-che, Yan-che, Tay-y-che, autor de una historia natural; Koung-san-che, Chen-min, Y-ty-che, Houn-toun-che, reinados gloriosos, seguidos de los mucho mas gloriosos de setenta y una familias: despues llegó el inmortal Ki, el mayor músico del mundo, é inventor de la cortesania china: al pronunciar el nombre de Fou-hi el orador se inclinó, y todos los letrados entonaron el himno de aquel grande hombre considerado como el verdadero fundador del imperio chino, despues de tantas razas nebulosas: Fou-hi, inventó la astronomia, y no hay soberano mas venerado en las setenta y seis dinastías que enlazan su reinado con el último emperador Tsien-long. El orador letrado hizo una biografía concienzuda de los emperadores de aquellas setenta y seis dinastías, y se ocupó sobre todo en hacer mencion de los innumerables descubrimientos que cada reinado habia visto salir á luz.

Aquel discurso no duró mas que doce horas, y no podia durar menos, porque contenia el compendio sucinto y rápido de la mas larga de las historias humanas. Lord Witmore estuvo á punto de desmayarse á cada dinastía: inundado su cerebro de silabas chinas, parecia que tenia el delirio del ópio: su frente, que acababa de soportar el peso de los innumerables emperadores del celeste imperio desfilando uno á uno en una procesion de doce horas, estaba amoratado con la fie-

renidad consoladoras que el sábio Pan-ho-pei, compara á la luna llena, elevándose sobre el monte Ni-kew.

Una seña, única lengua que Witmore podia hablar en aquel momento, preguntó al kolao qué significaba aquella salva.

El kolao le contestó con el tono mas agasajador, que la ciudad iba á celebrar la mas grande de las festividades del año, la de la luna llena, y que se conceptuaba dichoso con poderle anunciar que aquella vez se celebraría enfrente de su casa, porque los lamas del templo de *La luz verdaderamente grande*, así lo habian permitido, por escepcion, y en honor del ilustre diplomático inglés.

La fisonomía del kolao continuaba espresando la profunda satisfaccion de un buen padre de familia, que procura todas las ocasiones de distraer, instruir y divertir á un viagero amigo, y que celebra haberlas encontrado.

A la segunda salva de artillería, el kiosco ó pabellon de honor se abrió, y el kolao ofreció al noble lord el asiento de la derecha.

Al atravesar el jardin, lord Witmore cogió furtivamente dos naranjas para comerlas: el día de la luna llena no comen en casa de los kolao.

La plaza que hay en frente del palacio del kolao es inmensa: á ella van á parar diez canales: Macartney dice que es la Venecia de la China.

Hubiérase dicho que toda la ciudad habia acudido á aquella plaza: el desorden de la multitud se regularizaba con la prodigalidad de golpes de bambú, que los soldados distribuian ciegamente: un escuadron de los *tigres* de la guardia imperial estaba colocado delante de una bateria de doce cañones de hierro, y la protegia de la necia curiosidad de los chinos, á quienes el ruido embriaga como el vino. Grupos de jóvenes circulaban con ligereza por entre los hombres, y les prodigaban sonrisas. La ciudad de Tong-chou-fou, es muy nombrada por la hermosura de sus mugeres: llena los vacios de todos los harenes del celeste imperio: los padres venden allí como esclavas á sus hijas, á quien quiere pagárselas: el rio Amarillo, el canal imperial, y sus innumerables ramificaciones, trasportan diariamente hacia todos los puntos del imperio, aquella mercancia viviente del serrallo, cuyo depósito universal está en Tong-chou-fou.

Un grito agudo, un grito que no conocen los oidos europeos, y que parecia deslizarse sobre un océano de hojas ó láminas de cobre, un grito de una ciudad china, se elevó de repente de aquella plaza, y subió hacia la luna que aparecia sobre la colina de Ming-tan. La artillería, y mil instrumentos acompañaron á quel grito para saludar al astro adorado, sol de la China. Millares de fuegos artificiales salieron de todos los kioscos, y fueron á iluminar por la noche los tejados de oro de los palacios y de las pagodas, y la porcelana de las torres, que entonces parecian cubiertas de planchas de plata: Al resplandor de aquella luz nocturna, bailaban las jóvenes agitando cascabeles: los barqueros saltaban por encima de los bambúes: los cómicos representaban pantomimas; los lamas cantaban himnos á la luna, y á cada nueva salva de la artillería, el mismo grito furioso resonaba en toda la ciudad: millares de linternas cruzaban por las calles como constelaciones de estrellas errantes: todas las miradas fijas en el cielo, seguian en su lenta ascension á la luna llena, que parecia acoger aquellos homenajes con la sonrisa de un ministro chino.

Aquel espectáculo era maravilloso: nuestras cabezas de Europa son demasiado mezquinas, comparadas con la de la luna llena, cuando una ciudad inmensa, erizada de kioscos ó pabellones de todos colores, cubierta con tejas doradas y planchas de porcelana, iluminada con faroles y cohetes, saluda á la luna llena, tranquila reina de la noche. El mismo lord Witmore, á pesar de su epidermis de diplomático, hubiera aplaudido aquella fiesta, si se hubiese encontrado con las condiciones higiénicas indispensables para el entusiasmo. ¡Ay! el noble lord apoyado en una columnita del kiosco, no tenia el sentimiento de su existencia, sino cuando oia las detonaciones de la artillería: los demas ruidos le dejaban en una inamovilidad cadavérica. En uno de aquellos momentos de escitacion nerviosa, recogió en su lengua los sonidos que pudo suministrarle una gota de saliva, y preguntó al kolao si la fiesta duraría todavía mucho.

—Si, le contestó, es muy larga: dura hasta el amanecer. Y haciendo una seña con el dedo, que describió la celeste bóveda de Oriente á Occidente, el kolao le indicó que la fiesta se prolongaría mientras el astro estuviese sobre el horizonte. Y la redonda cara del ministro pareció inundarse del mas puro gozo, al comunicar tan buena noticia al diplomático inglés.

Por último lord Witmore llegó á un grado de debilidad que la fisiología no ha enumerado aun entre sus observaciones, y que no pertenece ni al sueño, ni



Witmore y el kolao.

brújula antes de Flavio de Gioia, y la pólvora antes que Berthold Schwartz. Esta ilustre sociedad ha tenido muchas veces el honor de ser presidida por *agos*, ó hijos del emperador: ella tiene el poder de hacer cesar los eclipses cuando se prolongan de una manera alarmante, pero es cierto que rara vez usa de ese derecho.

Lord Witmore, sin faltar á las mas respetables consideraciones, no podia cerrar su puerta á unos letrados tan envanecidos con su ciencia y su historia: preguntó el ceremonial de recibimiento, y le dijeron que el orador de la sociedad habia sentado, y que le escuchaban de pie. Witmore hubiera preferido el ceremonial contrario, porque debilitado su cuerpo con el insomnio y el ayuno, odiaba la posicion vertical, é imploraba el voluptuoso auxilio de un almohadon.

La altanería de un hidalgo ó de un príncipe tártaro, es modestia comparada con el orgullo del presidente de la ilustre sociedad. Lleva un casquete de color de naranja, una pluma blanca, y una cola muy larga, tres cosas que hinchaban en extremo el corazon de un chino. No saludó á lord Witmore, se sentó en el mas blando de los almohadones, mandó á los letrados que se sentaran y sacando de un bolsillo de su dalmática un enorme manuscrito, comenzó á leer con un tono gangoso y lento que parecia asegurar á aquella lectura un fragmento de la eternidad.

El asunto de aquel discurso era nada menos que la historia de la China. El orador refirió el nacimiento de Pouan-kou, primer hombre: la primera raza de los emperadores: la de los Tien-hoang, emperadores del cielo: la segunda, la de los Tyhoang, ó emperadores de la tierra: la tercera, la de los Tinhoang, ó emperadores de los hombres. Luego habló de las dinastías de los cinco hermanos Loung y de los sesenta y cuatro Che-ty: los tres Ho-io reemplazados por los seis emperadores Lien-toung: cuatro Su-ming: veinte San-lei: trece Yu-ti: diez y ocho Chan-toung: despues llegaron en el discurso, segun el orden cronológico, los emperadores Li-king-

bre, como despues de la embriaguez de un festin. Un cuarto de hora habia transcurrido desde la conclusion del fatal manuscrito, y el eco de la sala parecia repetir todavía á los oidos de Witmore, aquel diluvio de monosilabos, que exigen en el oyente una paciencia china. El presidente de la sociedad aguardaba con aire triunfante la respuesta del viagero inglés, pero el desgraciado diplomático habia olvidado el poco chino que Touang-ho le enseñara en Europa: hasta habia olvidado el inglés y sentia desfallecer. En aquella estremidad agonizante, Witmore apenas se acordó de que tenia brazos: levantó uno de ellos con pesadez y le puso sobre su corazon: pantomima universal que significa un agradecimiento profundo que la palabra no puede espresar.

Los sábios se retiraron de dos en dos andando sobre las puntas de los pies, y á medida que pasaban por delante de la estatua de Witmore, la saludaban oblicuamente con unos ojillos malignos. Aquella infraccion de la gravedad de la ciencia, no podia observarla un diplomático reducido al último apuro.

En cuanto quedó solo, Witmore cayó sobre una porcion de almohadones y se durmió. Aquel sueño de una hora que el kolao le concedió, no podia menos de aumentar su calentura en vez de calmarla. Sueños chinos, los mas descabellados de todos los sueños, abrumaron la cabeza del infeliz viagero: vió danzar delante de él las sesenta dinastías de emperadores sobre rollos de tapicerías chinas: atravesaba á nado un rio de monosilabos, y el inmortal Fou-hi, le salvaba por los cabellos en el momento en que se ahogaba en un remolino de y-ki: luego se sentaba á la mesa de *Star and garter* en Richmond, y lord Bathurst le servia un pedazo de buey Apis, con un vaso de ponche helado.

Una salva de cañonazos le despertó sobresaltado: hizo esfuerzos prodigiosos para levantarse, y á duras penas pudo sostenerse en pie. El kolao estaba delante de él, y mostraba una de esas caras de beatitud y se-

á la vida, ni á la muerte: para hacerle volver en sí, era necesario el estrépito espantoso de un millón de voces, coro final que se despedía de la luna, al salir el sol.

Lord Witmore, apoyado en los brazos de dos hijos del kolao, bajó á su lecho, subió á él á duras penas, y volvió á quedarse aletargado. Algunas horas de descanso en posición horizontal le aliviaron un poco. Dispertóle una pesadilla, en la que soñaba que un buey iba á sacarle las tripas, cual si fuese un lidiador de toros. Como no se habia tomado la molestia de desnudarse, se encontró en disposición de recibir al kolao, que entraba en la habitación á participarle una buena nueva.

Le dijo que acababa de recibir una comunicación de Zhe-hol, en la que el emperador le permitía permanecer tres meses en Tong-chou-fou.

El noble lord lanzó un suspiro, y fingió un gesto en acción de gracias.

El kolao añadió que el presidente de la sociedad histórica aguardaba la visita de lord Witmore, en el templo de *La Luz verdaderamente grande*, y que para recibirle se habian hecho preparativos magníficos.

—Iré á hacer mi visita al presidente, respondió lord Witmore con un tono que se asemejaba mucho al último suspiro de la resignación.

El kolao se sonrió con bondad, y tomó el aire de un hombre que tiene que violentarse para pedir un favor. Witmore medio abrió sus ojos hinchados, y le miró fijamente aguardando á que hablase. Entonces el kolao le dijo que todos los letrados de la ciudad, esperaban como contestación al discurso del presidente, una historia completa de la Inglaterra, traducida por él mismo.

—¿Y quién debe traducir esa historia en chino? preguntó el diplomático con visible terror.

—Vos, contestó el kolao con una apacible sonrisa.

—¿Mas cómo quieren que yo les traduzca ahora diez volúmenes de historia?...

—Vais á estar tres meses aquí, dijo el kolao con una naturalidad encantadora.

—¡Ah!... exclamó Witmore dejando caer la cabeza sobre su pecho.

Los letrados le concedían tres meses para traducir á Hume en chino: mas para el traductor era tan árdua empresa como la de la construcción de la célebre muralla.

—Decidles á los letrados que deseo complacerlos, y que traduciré la historia.

El tono con que pronunció estas palabras, daba á conocer que el agonizante viajero acababa de tomar una resolución enérgica.

Cuando se quedó solo, Witmore prorrumpió en este monólogo: Llévase el demonio á esos malditos chinos: ¿pasar yo tres meses aquí? Ya lo verán... Después de una breve pausa hizo esta reflexión: ¡Y lord Bathurst que me habia recomendado sondear ese inmenso lago en donde vegetan trescientos millones de hombres!... ¡Oh! ¡que venga él á sondear!... Yo trato de reconocer mi estómago y no encuentro nada en él.

Aquella chanzoneta inglesa, hizo asomar una sonrisa á los labios de lord Witmore: procuró dar algunos pasos y se encontró mas fuerte. Una resolución firme obra siempre eficazmente sobre un cuerpo debilitado. La parte física espirante adquiere nuevo temple con la energía de la moral.

Witmore meditaba una evasión.

Una vez acordado este plan el noble lord aceptó alegremente todas las eventualidades de su último día de esclavitud homicida. Comió con buen ánimo en la mesa del kolao, no despreció los manjares vegetales, y hasta se aventuró á clavar sus dientes en un frito repugnante de *Schone-onen*. Concluido el festín, se trasladó al templo de *La Luz verdaderamente grande*, para pagar la visita á los letrados.

Aquel templo es una maravilla de la China. La estatua del dios está en un altar resplandeciente de oro: una multitud de devotos ocupa constantemente las gradas del santuario. Lo demás del templo queda abandonado á tareas profanas. Familias que no tienen hogar, van á comer y dormir allí en unas esterillas: los comerciantes tratan en otro sitio del mismo local acerca de sus negocios: los capitanes de juncos fuman el opio: algunas jóvenes buscan maridos, y los lamas juegan al ajedrez. Es un compendio en acción de la vida china. Cuando lord Witmore entró en el templo, halló á los sabios sentados sobre unas varitas, fumando en su pipa y con los ojos levantados hacia el cielo.

La visita fué muy corta: el noble lord no pronunció discurso, pero prometió traducir la historia de Inglaterra en lengua china, y llevar su manuscrito á los letrados pasadas tres lunas llenas.

Los sabios se balancaron en sus asientos, meneando la cabeza como para dar las gracias al futuro traductor.

El kolao aparentaba encontrarse en el colmo del éxtasis, y Witmore jamás podia sorprenderle en la mas leve falta: aquel astuto chino pudiera dar lecciones á Talleyrand y Metternich. Sabia tomar una imperturbable apariencia de hombre de bien desde la punta de los pies hasta la de sus cabellos. Jamás una arruga de su vestido ni de su semblante hacia traición á sus perfidos pensamientos, y en el perpétuo carmin de sus esféricas mejillas no se advertía mas espresión que la de la bondad. Tenía el rostro de un ángel, con el espíritu y el cuerpo de un orangután.

Cuando volvió al palacio del kolao, lord Witmore afectó el aire de una gran indiferencia y hasta de alegría, para engañar á sus espías, y ocultarles, con su pobre sutileza europea, los proyectos de su próxima evasión. Tomó cuantas actitudes y tonos pudo suministrarle el vocabulario de la diplomacia civilizada: se mostró muy esresivo con la familia del kolao: hizo caricias á los niños: pidió papel de Pekín y una botella de tinta de Zhe-hol para escribir su traducción, de la *historia de Inglaterra*: fumó dos pipas de opio para aparentar un extranjero que desea aclimatarse y adoptar las costumbres de un país en donde se propone habitar largo tiempo. El kolao por su parte, fingía en su rostro y en sus ojos la distracción y aun el aturdimiento de un niño: trataba á Witmore como si hubiera querido exigirle una amistad duradera: hasta llegó á prometer al noble lord un harem, escogido espresamente para él en los mercados mas aristocráticos de Tong-chou-fou.

Inútil es decir, que el kolao habia comprendido el proyecto de evasión aun antes de que Witmore le formase. Así es que el diplomático de Albion, se hallaba siempre burlado por el ministro chino: combinaba las mas sutiles maquinaciones de un condenado á muerte de San James para el buen éxito de un plan que entraba en el interés de su enemigo. Se hubiera estremecido con toda la altivez de su orgullo nacional, si hubiera podido ver la irónica sonrisa, con que interiormente le escarnecía el artificioso kolao.

La oferta del harem completó la derrota moral de lord Witmore: hubiera dado toda su fortuna por hallarse á bordo de un buque, navegando por el río Amarillo. A cada instante temia ver entrar en medio del ruido de los cascabeles y risotadas, aquel formidable paraíso de jóvenes, con sus ojos oblicuos, sus pies infantiles, y sus ligeros cendales: el honor de la Gran Bretaña se veia perdido en su persona: aceptar ó rehusar el harem era estrellarse en un doble escollo. Era, pues, necesario partir cuanto antes.

En cuanto reinó en el palacio de kolao, un silencio general y profundo, lord Witmore salió de su habitación, y encontrando, no sin asombro, todas las puertas abiertas, llegó á la plaza pública sin experimentar el menor obstáculo en su comenzada evasión. Estaba solo y celebraba mucho el haber dejado su criado en la aldea de Nien-sin, situada en la última esclusa del canal Imperial. Su disfraz chino, tomado en casa del kolao, favorecia su fuga, iluminada desgraciadamente por una luna de la mayor dimension chinesca. De unos canales en otros, prodigando el oro á los barqueros, se halló bien pronto en el espacioso camino acuático que se une con el río Amarillo, y sin embargo creyó que no debía dar gracias á la providencia, hasta descubrir las fértiles llanuras de la provincia de Tchekia.

Quince dias despues, lord Witmore bogaba por el mar Amarillo, á bordo del *Cilon*, fragata inglesa que se paseaba por enfrente de la China, para enseñarla el pabellon británico á medio tiro de cañon.

Durante la travesía, lord Witmore escribió una extensa memoria dirigida á lord Bathurst; este curioso trabajo no se ha impreso nunca; se conserva con mucho esmero en los archivos de White-Hall, y los diplomáticos le consultan cuando el gabinete de San James trata de ocuparse de los asuntos de la China. En su manuscrito, lord Witmore ha olvidado la descripción de los lugares, dejando, dice, esta frívola distracción para los viajeros vulgares. Se ha contentado con sondear moralmente ese lago inmenso en donde se hallan hacinados trescientos millones de almas; ha espuesto el resultado de sus estudios sobre el carácter de ese pueblo bárbaro, que tiene una existencia aparte. El trabajo de lord Witmore concluye con este retrato digno de Addison:

«El chino tiene el entendimiento muy grosero; posee tres sentidos menos que nosotros, pues solo se le advierten dos; su hombría de bien iguala á su ignorancia; es tan fácil engañarle que al verle siente uno el ser astuto. En el chino, la materia es tan densa que rechaza como una coraza el mas agudo dardo de la inteligencia que se le dirija. Trabaja por instinto, y hoy hace lo que ayer. Sacadle de sus pantanosas cabañas y muere como el pez en cuanto sale del agua. Es un pueblo de castores; su país es un lago; su alimento una raíz cenagosa; su cabellera una cola, su mano una pata, y su lengua un grito. He tratado con intimidad al primer ministro ó kolao de esos castores; me he servido de él en varias ocasiones, y cuando ha tratado de oponerme obstáculos, los he deshecho como se rompe una frágil caña.»

Así ha estudiado lord Witmore el carácter chino. Instruido con esto, todos cuantos cinglais diplomáticamente hacia la embocadura de Whang-ho.

REVISTA DE MADRID.

A pesar de todas las declamaciones, de las innumerables quejas y de los furibundos anatemas que en público y en privado se han lanzado contra los nubarrones y las aguas de abril y mayo, la primavera, que felizmente reina, ha sido hasta aquí y continúa siendo aun, la época de vida y de verdadera animación para Madrid. Esto sucede ahora y viene sucediendo entre nosotros hace muchísimos años, por un fenómeno que se explica y concibe fácilmente. Todo revive, todo se vivifica y se anima bajo el imperio de la estación, que

da al sol nuevos fulgores, al cielo un azul mas brillante, á la atmósfera mas serenidad y transparencia; que presta flores á los arbustos, y llena los prados de lirios y de rosas. El hombre siente hervir en su pecho el fuego vivificante de esta bellísima estación, y se entrega con mas ardor y con mayor afán á esas mismas diversiones en que vio transcurrir las mustias y largas horas del invierno.

La única diferencia respecto de estos gozes consiste en el género de diversion y de pasatiempo que se ha de elegir para solemnizar los hermosos dias de la primavera. En esto, como en todo, la sociedad modifica á la naturaleza, porque sin el *troppo variar* no hay felicidad posible en nuestra breve y transitoria existencia. Hace dos años los ardores primaverales inflamaron el entusiasmo de los *polkistas* y se bailaba á todas horas, del día y de la noche, sin un momento de tregua ni reposo. El año anterior ya no se bailaba: pareció sin duda mas cómodo *ver bailar*, y el teatro del Circo albergó desde abril hasta agosto la lucidísima concurrencia que acudia á presenciar los famosos certámenes de la Fuoco y la Guy. En el presente año no se baila ni se ve bailar. Apenas hay sociedades; apenas hay teatros: apenas hay compañía de ópera; y no sabemos que tendencias hubiese tomado el movimiento primaveral si no hubiese habido *ferro-carril de Aranjuez*.

Pero merced al genio perseverante y á la infatigable actividad de don José de Salamanca, el 9 de febrero comenzaba ya á funcionar el mencionado ferro-carril, y desde entonces hasta ahora ya no se oyó hablar en Madrid sino de las delicias de Aranjuez.

Cuando escribimos estas líneas, el reinado de la frondosa mansion que baña el Tajo, está próximo á espirar. Pasáronle ya sus dias de prosperidad, que patrocinaba ese hermoso tiempo, fresco y vivificante, que tanto han calumniado los que á su favor tanto han gozado. Mas si tan próspero reinado se ve próximo á su fin, sírvale de consuelo en su caída que ha sido tan ostentoso y brillante como nunca. En aquellas hondas y sombrías alamedas, resguardadas por su posición y por su espesísimo follaje del viento reinante en abril y mayo, la temperatura ha sido siempre deliciosa, y las horas trascurren dulces y apacibles para los bienaventurados á quienes el *dolce far niente* llevó á poblar aquella amenísima mansion. Menos afortunados otros á quienes ligan en Madrid ocupaciones habituales, no por ellas han dejado de llenar á todas horas los wagones de todos los trenes. Diariamente se han contado por cientos, y los dias de fiesta por miles, los individuos de todos sexos, clases y condiciones que se han trasladado desde Madrid al Real Sitio.

No todo ha sido, sin embargo, felicidad y bienestar en estas gratas y apacibles correrías: no todo se ha reducido á agradables encuentros, á improvisadas relaciones, á rápidas expediciones y á hermosos dias de campo. Sobre las mortificaciones que han causado de continuo á los viajeros las diez y siete malas y carismas fondas establecidas en Aranjuez, la travesía les ha deparado algunas horas de tribulación y sufrimiento: porque, sea dicho sin ofensa de nadie y mucho menos del activo y celoso presidente de la empresa, á quien en este asunto es necesario, para obrar con justicia, atribuir todas las glorias sin poderlo reconvenir por defectos facultativos,—el ferro-carril de Aranjuez dejaba mucho que desear, así en la regularidad del servicio, como en algunos de los detalles de este, especialmente en los edificios de estación y embarcadero, que no ofrecen todavía ninguna de las comodidades que tienen derecho á esperar y á reclamar el viajero.

Entre las célebres aventuras ocurridas en el ferro-carril, no olvidaremos fácilmente, siendo como fuimos de los numerosos interlocutores en aquella escena, el percance ocurrido al anochecer del 14 de mayo anterior entre Ciempozuelos y Valdemoro. Habíamos llegado hasta aquel punto sin novedad alguna en un tren donde venian innumerables personas de alta posición y rango, cuando á las siete de la tarde la *via* tuvo por conveniente hundirse bajo nuestro peso, dejando descarrilados precisamente los dos wagones de primera clase que ocupaban el centro del tren. Por fortuna, la máquina fué admirablemente contenida en el momento mismo de ocurrir la avería. Cuando abrimos la puerta de nuestro carruaje, que era de los descarrilados, ya vimos mas de cincuenta personas en el suelo, que se habian arrojado por las ventanillas de los coches, temiendo alguna horrible catástrofe. Si esto no hubiera pasado de aquí, y si no hubiese producido mas que una docena de ataques que acometieron á algunos individuos del sexo sensible y bello, todavía hubiéramos podido decir que habia mucha fortuna en nuestra desgracia; pero despues de media hora de detención, nos intimaron, no sabemos por qué causa, la orden de marchar á pie hasta Valdemoro; y aquí nos estaba reservado lo mas cruel de nuestro destino. Una furiosa y descompasada lluvia, armonizada de truenos y relámpagos, se encargó de acompañarnos en nuestra travesía. Seiscientas personas íbamos en aquella desventurada caravana, corriendo la mas deshecha y borrascosa tormenta que imaginarse puede. Mas de una linda y elegante joven vió allí empaparse en agua desde su blando y lujerísimo sombrero hasta sus endebles y graciosas botitas. Esta era verdaderamente la parte lastimosa del espectáculo. Pasada la tormenta y ya perfectamente remojados, llegamos á Madrid á las diez de la noche todos los viajeros, entre los cuales volvemos á decirlo, se contaban innumerables personas conocidas en todos rangos y posiciones sociales.

Olvidándonos ya de tan lamentables escenas, y en-

trando en Madrid para fijar en él nuestra consideración por algún tiempo, fuerza será confesar que en mayo no han faltado algunos elementos, si bien heterogéneos é inconexos entre sí, para ir pasando esos momentos que tan largos son para la mayor parte de nuestros desocupados convecinos. Ha habido famosas carreras, donde han lucido sus habilidades una *Clementina*, una *Nena*, un *Coronel*, un *Alcalde*, y un *Musulmán*, por cuyos nombres no será fácil al pronto que nuestros lectores adivinen si corrieron racionales ó cuadrúpedos; y por esto debemos añadirles que las carreras han sido de caballos. Ha habido funciones de toros, medianamente pasaderas, que han dado larga materia de debate á los incansables aficionados; y magníficos bailes domingueros en los lugares de costumbre, que siempre han traído en pos de sí alguna cosa contraria á estas últimas. Esto en cuanto á las diversiones al aire libre. En las de otro género y otro carácter, podemos citar los óperas de palacio, las brillantes representaciones coreográficas en el teatro de Oriente, algunas muy buenas comedias de los señores Bermejo y Hurtado en el Instituto, sin contar los *quiebro*s de la *Fanny* en el mismo, y los de la *Nena* en el del Drama, que son los que le dan toda la vida. Nada podemos decir desgraciadamente del teatro Español y del de Variedades, porque el año es de mala data para teatros de verso; el público principio *economizando* su asistencia, y el gobierno acabó por *economizar* un teatro; por no andar en pequeñeces, economizó el primero y principal de ellos. El segundo murió de susto y de otros achaques, de los cuales no queremos acordarnos.

En Madrid, sin embargo, no han bastado ni bastan tantas diversiones para ahuyentar de su recinto el genio del mal. Los suicidios, los desafíos, y sobre todo las vociferaciones maldicientes, hubieran dado amplia materia de discusión, si entre nosotros se hallase, al predicador del próximo fin del mundo. En principios de este mes se suicidó con fósforos una señora, é intentó otra arrojar al canal; después lo llevó á cabo otra joven, y recientemente se ha precipitado otra desde el balcón de un piso tercero. Entretanto un enjambre de inventores —no sabemos quienes, aunque la voz pública designa los *pollos*, porque sobre ellos recaen ahora todas las acusaciones— ha forjado un crimen entre un sacerdote y una dama muy conocida, de cuyas resultas, y para practicar averiguaciones, llegó hasta á desenterrarse el cadáver del primero; la fuga de una señorita de la mas encumbrada categoría, con un hombre á quien amaba; y la de la hija de un opulento banquero con un dependiente de su casa: añadiéndose á estas otras invenciones y bromas tan insoportables por lo pesadas, que dejan traslucir, en vez de las travesuras de los *pollos*, la trastienda de los *gallos*, cuyo retorcido espolón nos parece indispensable para amarrar y sujetar tantos lios.

Por fortuna se van ya olvidando y aun desacreditando tan odiosas maquinaciones, y las gentes solo se ocupan en disfrutar los primeros y hermosísimos días de junio, prefiriendo á las calorosas alamedas de Aranjuez, las frescas y pintorescas arboledas de los jardines del Retiro.

No nos es posible nombrar este sitio sin reproducir aquí, como un mero desahogo de nuestro sentimiento, lo que dijimos en una revista de junio del año pasado.

«¿Por qué causa, decíamos, de algunos años á esta parte se priva á los habitantes de Madrid de concurrir al Retiro durante la única hora á que puede pasearse en el verano, ó sea desde la caída de la tarde hasta las once de la noche? ¿Por qué se cierran sus puertas media hora después de anochecido, haciendo salir de él á las personas que lo ocupan, en los precisos momentos de comenzar á disfrutar la grata frescura de sus paseos? ¿Se pretende por ventura que vayan las gentes á tomar el sol en el Retiro en las tardes de verano? ¿Se teme acaso que la seguridad individual no esté completamente garantida en aquellas silenciosas arboledas? ¿Y entonces para que sirven los encargados de la vigilancia nocturna, los agentes de protección y de seguridad pública? ¿Tanto cuesta tener aquel paseo al abrigo de malhechores, que será necesario el incesante clamor de toda la prensa para conseguir dos horas de prórroga por la noche, como sucedió el año pasado para conseguir una hora de prórroga por las mañanas? Porque desengañense las personas á quienes incumbe esta pequeña parte de la pública administración. Si los jardines del Retiro han de estar abiertos en julio y agosto desde las seis de la mañana hasta la puesta del sol, tanto vale tenerlos cerrados á todas horas y dejar en el tranquilo goce de sus aguas y de sus bosques á los habituales pobladores del estanque.»

Esto decíamos el año pasado y nuestros convecinos nos dirán mejor que nosotros, si no viene de molde para el presente.

Decimos mal: el año pasado se cerraba el Retiro media hora después de anochecido: ahora se cierra media hora antes de anochecer.

Es graciosísima, por no decir eminentemente ridícula, la escena que al principio del crepúsculo vespertino se representa todos los días en los jardines del Retiro.

La tranquilidad inalterable de aquel recinto se cambia de pronto en el aspecto terrorífico é imponente de una plaza de armas.

—Atras, caballero! grita un guarda parapetado tras un arbusto al volver una esquina. No hay paso por aquí.

—¿Cómo no hay paso!

—No hay paso, porque va á oscurecer.

—Y qué, ¿no se puede pasear en junio al tiempo de oscurecer?

En tanto que continúa este diálogo, se oye decir por otro lado:

—Alto, caballero! no siga vd. adelante: vuélvase por donde ha venido.

—¿Si voy á continuar mi paseo, hombre de Dios!

—Ya no se pasea mas, que es tarde. Mañana acabará vd. la vuelta, si viene con sol.

—¿Eh! ¿Eh! ¡señores! se oye gritar á otro guarda, dirigiéndose á unos paseantes que van por callejuelas escusadas.—Por ahí, á salir al estanque y luego á casa.

Y los adustos guardas, una vez recogida delante de sí toda la concurrencia, como recoge el pavoro sus pavos, los van escoltando para que no se les descarríe ningún prójimo aficionado al paseo.

—Esta es ya la última manada, decía el otro día un guarda que escoltaba su gente, dirigiéndose á otro á quien la endosaba como letra de cambio.

Al fin, siempre es algo que las cosas se hagan con buenos modos. Del mal el menos.

Averiguado el origen de todo esto, resulta que hace muchos años, no sabemos cuantos, se cometieron unas muertes en el Retiro, como se cometen á todas horas en todas las calles de Madrid. Entonces pareció lo mas fácil y sencillo cerrarlo por las noches: y eso es muy claro: si nosotros fuéramos corregidores de Madrid, cada calle donde se hubiese cometido una muerte la interceptáramos con una empalizada durante la noche: de seguro no volvía á cometerse otra en aquel sitio.

Pero hablemos con seriedad. No se crea que desconocemos al hablar de esta suerte que el Retiro es una propiedad del patrimonio, y que no está exento de peligros aquel paseo en las horas de la noche. Sin embargo, ni el patrimonio se negará á tenerlo abierto tres horas mas, como no se negaba hace algunos años, ni es difícil poner á cubierto de malechores una parte del Retiro durante la noche, impidiendo el paseo en la restante. Así se hace en algunos sitios públicos de París, de donde aquí lo traducimos todo literalmente.

De todos modos, no se pierda de vista que el vecindario de Madrid no tiene en el verano otro paseo tan saludable y tan cómodo como los jardines del Retiro: y que solo de noche puede pasearse en todo el tiempo que dure la tiránica dominación de la canícula.

JOSE MARIA ANTEQUERA.

UNA PÁGINA DE UNA HISTORIA.

A SU RETRATO.

SONETO.

Rotos, Filena, á tu pudor los frenos,
rompi los lazos de mi amor, airado;
pero mirame ya: todo ha cambiado:
paso mis días, sin pesar, serenos.

El uno al otro ya somos agenos:
cada cual en su historia habrá apuntado:
yo, una *muger de mas* en mi pasado,
y tú, en tu porvenir, un *hombre menos*.

Hoy contemplo tranquilo la pintura,
de tu belleza imagen verdadera,
pues no me arrastran tus amantes lazos.

Fácil me fué del pecho tu figura
borrar; sino, para borrarla hubiera
mi propio corazón hecho pedazos.

Diciembre de 1849.

TEODORO GUERRERO.

EPÍGRAMA.

A un alcalde se quejó
contra Manuel, Nicolasa,
porque al salir de su casa
él un beso la robó.

El alcalde, ya enterado
del hecho, diz que cruel
decretó: «vuelva Manuel
el duplo de lo robado.»

TEODORO GUERRERO.

IMPOTENCIA DEL POETA.

(Versos escritos en uno de los muchos álbumes de una de las pocas bellas contemporáneas.)

Señora: aunque mi destreza
fuera grande, nada en suma
diera á tanta gentileza,
que es pobre cosa la pluma
para pintar la belleza.

Aunque sois tipo real
del amor y del desden,
me parecéis ideal,
y ha de cantaros muy mal
el que os conozca muy bien.

Cuando pretendo pintaros
me dan los versos enojos,

y en vano quiero cantaros,
que solo saben miraros
entusiasmados mis ojos.

Y aunque en ello me empeñara
fuera vana mi intencion,
pues ¿dónde una flor hallara
si todas las flores son
adorno de vuestra cara?

¿Cómo acertara á cantar

si á pedirme flores viene
quien solo las puede dar?

—¡Oh! ¡mucho vale quien tiene
en cada pecho un altar!

Hoy ya no canta, delira
mi mente; perdi la calma
que al vate en el mundo inspira,
y las cuerdas de mi lira
pedazos son de mi alma.

¿Cómo cantar? ¡Los dolores

ahogaron la musa mía!

¿He de cantar torcedores

á la que rica de flores

deslumbra la fantasía?

Mi téntrico canto fuera

del alma mia un reflejo;

vuestra fiel pintura hiciera

cuando en el mundo no hubiera

para miraros, espejo.

Nuestra pobre inspiracion

mal el mundo la interpreta,

y perdida la ilusion,

no le queda al corazón

mas que el sueño del poeta.

Vuestra belleza me inspira

y sueño.... ¡Dulce soñar!

Ya veis: mi mente delira....

Lanzo á vuestros pies mi lira,

ya que no os sabe cantar.

TEODORO GUERRERO.



VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS EN EL POLO NORTE.

III.

PRIMER VIAGE DEL CAPITAN FRANKLIN.

En la época del primer viage del capitán Parry, se creyó que una expedición por tierra podría proporcionar á la ciencia geográfica datos muy preciosos. Lord Bathurst eligió al teniente Jhon Franklin, al cual se agregaron el doctor Richardson, sabio naturalista, monseñores Hook y Back, oficiales del almirantazgo, y dos marineros. Las órdenes que se les comunicaron, prevenían que siguiesen el mismo camino que Hearn en 1772.

Los viajeros salieron de Gravesend el 23 de mayo de 1849, y llegaron á fines de agosto á la factoría de York, depósito principal de la compañía de la bahía de Hudson; allí les dieron los empleados cuantas instrucciones podía facilitar la empresa. El 22 de octubre estaban en Cumberland-House, después de haber andado 690 millas. Comenzaba ya el invierno, y el efecto de los primeros hielos probó que era necesario aguardar la primavera para volver á emprender la marcha; mas aconsejaron al capitán que visitase el distrito de Athabasca, para proporcionarse los guías é intérpretes necesarios, y obtener algunos informes sobre las comarcas que se estienden á lo largo del gran lago Slave por la parte del Norte. Partió en efecto para el fuerte Chepewyan, acompañado del S. Back y del marinero Hepburn, dejando al doctor Richardson y al señor Hood en Cumberland; el otro marinero se volvió á Inglaterra, porque el mal estado de su salud no le permitía soportar las fatigas del viage.

Los trineos que sirven para las escursiones de invierno, son muy sencillos y lijeros; consisten en dos ó tres tablas delgadas; un poco combadas por delante, y sujetas por unos travesaños colocados en las orillas. Son estrechos, y tienen ocho ó diez pies de largo. Los mas elegantes están pintados y forrados de cuero. Los que viajan á pie por medio de la nieve, llevan unos zapatos de una forma particular. Se componen de dos pedazos de madera, unidos por otras barras de lo mismo, en cuyos espacios transversales se cruzan unas correitas. Este calzado se fija al pie con otras correas, que dejan libre el talón, de modo que puede levantarse á cada paso. Incomoda mucho cuando no se tiene la costumbre de usarle; pero disminuye el dolor poco á poco, y aun desaparece enteramente.

El capitán Franklin necesitó dos meses para llegar al fuerte Chepewyan, que dista 857 millas de Cumberland-House. El país que recorrieron los viajeros es árido y está casi inhabitado: las noches las pasaban á campo raso. Después de desuncir los perros, barrían la nieve, tendían unas mantas en el suelo, y encendían una grande lumbre que servía para cocer la cena y preservarlos del frío durante la noche.

El doctor Richardson y el señor Hood, fueron á reunirseles la primavera, y partieron el 48 de julio con una escolta de indios que debían guiarlos y mantenerlos con su caza. Diez y seis viajeros canadienses se les unieron, y después de doce días de marcha llegaron al fuerte de la Providencia, en donde les alcanzó M. Wentzel, empleado de la compañía del Noroeste, que había ofrecido servirles de intérprete, porque había vivido mucho tiempo entre los pueblos que iban á visitar.

Creían poder llegar á la embocadura del río de Cobre antes de la mala estación, pero diferentes obstáculos les retrasaron de modo, que se encontraban aun á larga distancia cuando tuvieron que formar el establecimiento de invierno. Algunos oficiales fueron á visitar su nacimiento que estaba á unas 60 millas hacia el Norte.

Durante aquellos días de un descanso forzoso, su

extensión de quinientas cincuenta millas al Este del río, y cuando la aproximación del invierno le obligó á retroceder, había ya llegado á la latitud de 68° 18' 50" longitud Oeste, 109° 25'.

Sus provisiones se concluyeron antes de llegar al sitio del río que lleva el nombre de Hood, y que desagua en el mar: los navegantes sabían ya por experiencia que sus orillas les ofrecerían pocos recursos, y que estos

rigorosos, por un país estéril que apenas presentaba alguna zarza, y sin mas alimento que un poco de líquen. Aquellas privaciones desanimaron tanto á los canadienses, que dejaron perder las dos lanchas que estaban encargados de llevar.

Por fin, el 26 de setiembre llegaron á las orillas del río de Cobre, pero no tenían medios de atravesarle, y en vano buscaron madera para construir otras lanchas.

La suerte de aquellos desgraciados parecía la mas desesperada, cuando el doctor Richardson se ofreció á pasar el río á nado, cuya anchura era de mas de setecientos pies. Arrojóse en efecto al agua con una cuerda atada al cuerpo, precaución que no fué inútil, por que el frío se fué apoderando sucesivamente de todos sus miembros, y se desmayó cuando ya llegaba á la orilla opuesta. Los compañeros le sacaron casi exánime, le calentaron con una buena lumbre, y se restableció pronto, pero sufrió mucho tiempo del costado izquierdo, que habia estado espuesto á un calor demasiado vivo.

Uno de los intérpretes llamado Saint-Germain, emprendió hacer una canoa con pedazos de los hules que les servían para envolver las camas. Mientras trabajaba, el líquen, que era su único alimento, fué haciéndose muy raro, y se vieron reducidos á extraer la médula de los huesos de un gamo muerto ya hacia muchos meses.

La canoa quedó concluida el 4, y aunque no podia contener mas que una persona, todos fueron pasando felizmente. Los viajeros solo se hallaban ya á cuarenta millas del fuerte, pero su debilidad no les permitía atravesar aquella distancia. Mr. Hood especialmente, estaba estenuado por los fuertes cólicos que le producía el líquen, alimento tan mal sano como desagradable. El doctor Richardson andaba con mucho trabajo, y como era muy probable que los indios anduviesen cazando por las inmediaciones, fué enviado Mr. Back á buscarlos con tres hombres, con la esperanza de que podria proporcionarles algunos socorros. Al día siguiente trataron de volver á ponerse en camino, pero á medida que avanzaban desfallecían los menos vigorosos y aquellos que su estómago no podia soportar el líquen.

El segundo día se comieron zapatos viejos y algunos pedazos de cuero, para recobrar un poco de fuerza. Sin embargo dos hombres se quedaron atrás y perecieron. El doctor y Mr. Hood propusieron entonces detenerse en el primer sitio en donde hubiese líquen y algunas zarzas, mientras los demás se dirigían al fuerte. Fué aprobado este plan y se quedaron con Hepburn



Modo de viajar por el gran lago Slave.

vida fué bastante monotonía; unos se ocupaban en el estudio, y otros en buscar la leña necesaria para el fuego. Hallábase ya casi enteramente agotada su provision de víveres, y M. Back regresó al fuerte Chepewyan para activar la remesa de un nuevo convoy. Volvió despues de una ausencia de cinco meses, durante la cual anduvo 4,404 millas con el calzado del país, y pasó todas las noches en los bosques.

El fuerte de la Empresa, así llamaban á su cuartel de invierno, fué visitado por un gran número de indios de las Minas de Cobre; parecían muy dóciles y era tanta su simpleza, que habiéndose divertido M. Hood en copiar ó retratar á una jóven que gozaba en su tribu alguna reputación de hermosura, y que á la edad de diez y seis años llevaba ya dos maridos, su madre temió que el gran jefe de los ingleses, seducido por aquella pintura, enviase á buscar el original.

Hasta el 14 de julio de 1821 no pudieron volver á ponerse en camino: ya habia pasado cerca de un año desde que habian salido del fuerte de la Providencia: no escaseaban las provisiones, porque la caza abunda en las fértiles llanuras que se extienden á lo largo del río de las Minas. Rebaños de gamos y de bueyes, van siempre seguidos de osos y lobos: estos últimos van tambien en cuadrillas: la estremada finura de su instinto les hace evitar todos los lazos; pero ellos usan otros que producen buen efecto en un país en donde las llanuras terminan con precipicios espantosos. «Mientras que los gamos, dice el doctor Richardson, pastan sin desconfianza, se juntan los lobos, avanzan lentamente formando un semicírculo, y tienen cuidado de no hacer el menor ruido, hasta que tengan cortada la retirada por el lado de la llanura: entonces aceleran el paso dando horribles aullidos: los tímidos animales huyen hacia los precipicios y caen en ellos empujados unos por otros: de este modo vienen á ser presa de su enemigo, que parece haber previsto aquel resultado.» El doctor estuvo muy espuesto á ser víctima de la misma maniobra. Un día que estaba sentado á la orilla del abismo oyó un ligero ruido, se volvió y vió nueve lobos blancos que avanzaban en semicírculo: su valor le salvó; en cuanto vieron que les salía al encuentro, le abrieron paso.

Nuestros viajeros vieron el mar por primera vez el 14 de julio, y cuando llegaron á la embocadura del río de Cobre, los dejaron los indios, y M. Wentzel, que recibió orden del capitán Franklin para reunir en el fuerte la Empresa abundantes provisiones, y dejar allí una carta que le indicase en que dirección podria encontrar á los cazadores á su regreso. El resto de la expedición se embarcó el 21 en el mar polar en dos lanchas, sin mas víveres que para quince días. Sin embargo, el capitán consiguió seguir la costa Norte de la América en una

disminuirían á medida que avanzase la estación. El capitán resolvió variar su primer proyecto y embarcarse en el río Hood para dirigirse por el camino recto al fuerte: mas apenas hubo andado algunas leguas, cuando le detuvo una magnífica cascada, por encima de la cual el río no era ya navegable: fué pues necesario continuar la marcha á pie. Las lanchas, que eran indispensables para atravesar los lagos, fueron conducidas á



Campamento en los bosques.

hombros, y se abandonó todo el equipage que no era de absoluta necesidad.

Era á fines de agosto, y una abundante nevada vino á alarmar á los viajeros: aquel fué el primero de sus infortunios. Privados de alimento y de fuego, estuvieron acostados dos días, y cuando pudieron volver á ponerse en camino, experimentaron todas las molestias de una marcha por medio de las nieves, en un clima

que quiso asociarse á su suerte. Aquella separación tuvo lugar el 7 de octubre: el capitán Franklin continuó su camino con el resto de su gente cuyo número era de ocho personas, pero pasados tres días cuatro le dejaron y fueron á incorporarse con el doctor Richardson: entre ellos habia un iroqués llamado Miguel.

El 14 por la noche llegaron al fuerte la Empresa: no habian comido nada en cinco días, excepto una vez que

comieron liquen. Es mas fácil imaginar que espresar el sentimiento que experimentar cuando en vez de encontrar alimentos y socorros de toda especie, no vieron mas que una habitacion desierta, sin almacen de provisiones, y ningun vestigio de indios, ni una palabra de Mr. Wentzel. Algunas lineas de Mr. Back, indicaban tan solo que habia llegado alli la antevíspera, y que habia vuelto á marchar en busca de los indios por un lado en que los guías esperaban encontrarlos.

Cuatro dias despues, un mensajero trajo la desagradable noticia de que su esperanza se habia frustrado. Cerca de tres semanas transcurrieron en aquella horrorosa situacion: sus fuerzas se disminuian gradualmente: cada dia les costaba mas trabajo el levantar

le imputaba. Hood fué sepultado al pie de un matorral, detras de la tienda, y por la noche ademas de las oraciones acostumbradas, se rezó el oficio de difuntos.

Al otro dia partieron los tres para el fuerte de la Empresa: una parte de la piel de búfalo que habia pertenecido á Mr. Hood, los sostuvo el primer dia, y aun todavia quedó un poco para el segundo. A medida que avanzaban iba en aumento la insolencia de Miguel: era evidente que miraba á sus dos compañeros de infortunio como una presa de que le era facil apoderarse, y que solo aguardaba el momento en que ya no tuviese necesidad de guia. Incomodados con su presencia, el doctor y Hephurn conocian todo el horror de su posicion sin poder comunicarse sus temores. Por fin

Richardson tomó la direccion opuesta. El primero, apenas llegó al mar, encontró un grupo numeroso de esquimales; la moderacion de los marinos evitó una lucha cuyo resultado hubiera podido serles fatal. Libres de aquel peligro, continuaron su camino, que el estado poco favorable de la atmósfera hacia muy lento. Las tierras bajas y pantanosas que hay en aquellas costas parecen ser la patria de las brumas; algunas veces son tan densas que los objetos desaparecen á los pocos pasos. Sin embargo, el 16 de agosto los navegantes se encontraban á una distancia igual del rio Mackensie y del lago de Hielo.

La aproximacion del invierno les obligó bien pronto á retroceder. Desgraciadamente, el capitán Franklin no podia saber que la barca del navio que le esperaba en el estrecho de Bebering, no estaba en aquel momento mas que á 460 millas del sitio en que se encontraba; si hubiese tenido una seguridad, ningun peligro, ninguna dificultad hubiera podido, segun sus mismas espresiones, impedirle el continuar su marcha. El 21 de setiembre estaba de regreso en el fuerte, en donde encontró á sus compañeros.

El doctor Richardson no encontró ningun obstáculo en su navegacion; desde el 4 de julio al 8 de agosto, recorrió las 902 millas de costas que se extienden desde el Mackensie hasta el rio de las Minas. El otoño siguiente estaban de regreso en Inglaterra.

Esta segunda expedicion ofrece resultados geográficos de grande importancia. El grado 64 de longitud á que habian llegado en el primer viaje, acababa de ser recorrido en una linea, que escedia 30 grados en longitud.

Viage del capitán Beechey.—Cuando en 1824 se emprendieron las expediciones de los capitanes Parry y Franklin, pareció imposible á los que las dirigian que una ni otra, aun en caso de buen éxito, pudiesen llegar al estrecho de Bebering, sin que se les concluyesen completamente las provisiones, y era seguro que el capitán Franklin se encontraria sin medios de regreso; para obviar este obstáculo se decidió que el *Blossom*, mandado por el capitán Beechey, fuese á esperar la llegada de los dos buques, y que pasara los veranos de 1826 y 1827 en la bahia de Kotzebue.

El 29 de mayo de 1825, salió de Inglaterra, y llegó al término de su viaje el 22 de setiembre: la atmósfera estaba oscurecida por una espesa niebla; cuando se disipó, el capitán descubrió con asombro una profunda hondonada en la costa Norte, que se habia escapado á la observacion del capitán Kotzebue: la llamó Hotham. Vientos contrarios impidieron durante dos dias avanzar hasta la isla de Chamisso, que era el sitio señalado para punto de reunion. Durante este tiempo los naturales del pais se acercaron á los costados del navio en sus *baidars*, que son unas especies de barcas como las que dirigen las mugeres en la bahia de Hudson. Están, dice el capitán Beechey, construidas con madera seca, forrada con pieles de wairus ó focas, susceptibles de apretarse mucho. Los bancos de los remeros es-



Esquimales de la bahia de Kotzebue.

tarse cuando estaban sentados, y muchas veces tenian que apoyarse unos en otros. Los huesos y la piel de los gamos que habian muerto el invierno anterior, formaba su único alimento: los huesos machacados y cocidos se convertian en una cosa á que daban el nombre de sopa: mas la aspereza de aquel manjar les puso tan mala la boca, que se vieron obligados á renunciar á él y limitarse á las pieles, que despues de cocidas les parecian mas soportables.

El 29 por la noche el doctor Richardson y Hephurn llegaron solos al fuerte: Hood y Miguel ya no existian. En los primeros momentos de reunion, se asustaron al verse tan demudados: no eran efectivamente mas que unos esqueletos. El doctor especialmente observó el tono sepulcral de su voz, y les rogó que si les era posible tomasen una inflexion menos siniestra, sin notar que á su voz la sucedia lo mismo. Aquel dia Hephurn consiguió matar una perdiz, que al momento fué dividida en siete partes. Era la primera vez que gustaban la carne despues de un mes.

El doctor comenzó en seguida su triste narracion: los dos primeros dias de su soledad, pasaron en una carencia absoluta de todo: al tercero volvió á unírseles Miguel, y les trajo una liebre y una perdiz. Aquel hombre era uno de los cuatro que habian abandonado al capitán Franklin: los otros tres jamás se volvieron á ver. Este se ausentó todo el dia 11, y á su regreso contó que habia seguido en vano á un gamo, pero que habia encontrado un lobo muerto por una cornada de un ciervo, y que se traia un pedazo. Al principio le creímos, dijo el doctor, mas despues hemos tenido fundados motivos para sospechar que era una parte del cuerpo de sus infortunados compañeros, probablemente asesinados por él. Desde aquella época pareció alterarse su carácter, estaba sombrío y taciturno, se negaba á ir á caza, y nos amenazaba frecuentemente con dejarnos. Hood se aproximaba á su fin: los dolores que le producía el liquen le privaban de aquel único medio de aplacar las angustias del hambre. Abruñados con el peso de tantos padecimientos, nuestras facultades se iban estinguendo; apenas conservábamos fuerzas para dirigirnos algunas palabras. Pero nuestra resignacion fué inalterable; ni una queja se escapó de nuestros labios, y cumplimos siempre nuestros deberes religiosos con la mas escrupulosa exactitud.

Un choque inesperado vino á sacarlos de aquella especie de estupor, Miguel debía marchar al fuerte con Hephurn, y le instaba que le dejase cazar: contestaba que no sabia, y que lo mejor que podian hacer era comérselo. El 20, vispera del dia señalado para la marcha, se quedó junto al fuego con Hood bajo el pretexto de limpiar su arma. El doctor se fué á buscar liquen y Hephurn leña: pocos minutos despues oyeron la explosion de un arma de fuego, y al volver encontraron cadáver al pobre Hood: una bala le habia levantado la tapa de los sesos. Todo probaba que él mismo no habia atentado contra su existencia: un libro que habia abierto á su lado, y que probablemente habia ocupado sus últimos pensamientos, contenia meditaciones sobre la Biblia. Vivamente interrogado Miguel no dió ninguna explicacion satisfactoria, mas como era el mas vigoroso y el mejor armado, el doctor no se atrevió á manifestar sus sospechas, confirmadas ademas por el empeño que ponía el iroqués en justificarse de un crimen que nadie

se separó para recoger liquen, y quedando solos los dos ingleses convinieron en que únicamente podia salvarlos su muerte. El doctor Richardson se encargó de esta terrible responsabilidad, y cuando volvió Miguel un pistoletazo le tendió á sus pies.

Seis dias despues llegaron al fuerte, pero no encontraron alli el término de sus desgracias. La expedicion no se componia mas que de seis individuos, que al cabo de dos dias quedaron reducidos á cuatro con la muerte de dos canadienses, y los que sobrevivian parecian tocar á su último momento. Los socorros, por tan largo tiempo esperados, llegaron al fin, y el 7 de noviembre, tres indios enviados por Mr. Back fueron á arrancarlos de una muerte cierta. Despues del descanso que exigia su debilidad, marcharon á pasar lo que restaba de invierno en el fuerte de la Providencia, y en el mes de octubre de 1822 volvieron á Inglaterra.

El resultado de la expedicion se limitó al descubrimiento y examen de una lengua de tierra de la costa Norte de la América, en una estension de seis grados y medio de longitud.

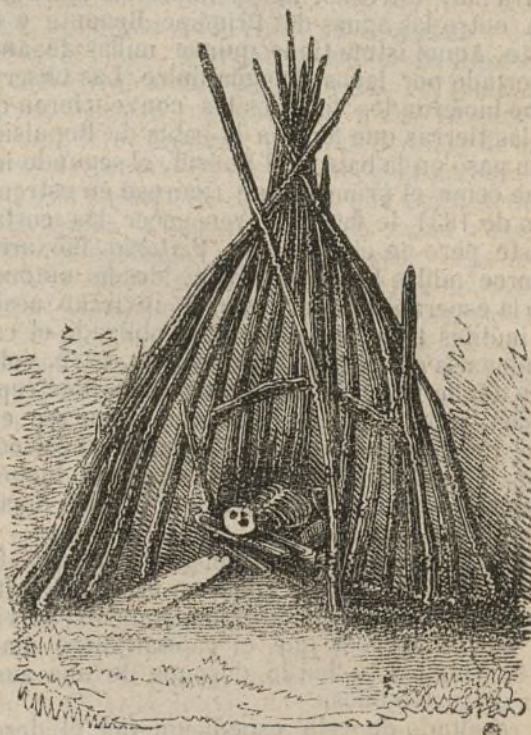
III.

SEGUNDO VIAGE DEL CAPITAN FRANKLIN.

Cuando á fines de 1823, el gobierno inglés resolvió enviar al capitán Parry á renovar las tentativas que dos veces se habian frustrado, el capitán Franklin propuso el plan de una expedicion cooperadora por tierra, que se ofreció á conducir. Su proposicion fué aceptada: el doctor Richardson solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á su amigo: lo restante de la expedicion se componia del teniente Back su antiguo compañero, de los señores Kendraff y Drummond, sábio botánico, y de cuatro marineros. Sus instrucciones les prevenian pasasen el invierno junto al gran lago Bear, y que en la primavera avanzasen hasta el rio Mackensie, descubierta por el viajero de este nombre en 1789: cuando llegasen á su embocadura debian dividirse en dos bandas, de las que una seguiria las costas por el Oeste y la otra por el Este hasta el rio de las Minas de Cobre.

Hiciéronse los preparativos en la factoria de York el verano de 1824: los oficiales salieron de Inglaterra el año siguiente; tomaron el camino de Nueva-York al Canadá, atravesando el lago Huron, y se embarcaron en el rio Methye, en unas lanchas que los estaban aguardando. El 5 de agosto llegaron al rio del gran lago Bear, que saliendo del lago de este nombre va á desembocar en el rio Mackensie. El capitán Franklin eligió este punto para sus cuarteles de invierno, y se construyó á la ligera una casa que recibió el nombre del capitán. Durante este tiempo hizo una excursion por el gran lago, para ver el mar polar, y adquirir noticias que podian serle útiles el año siguiente. Esta correría fué muy feliz, y se reunió con sus compañeros el 5 de setiembre.

El invierno se pasó como de costumbre, y la primavera activó los preparativos de marcha. Dejaron el fuerte Franklin el 28 de junio, bajaron por el Mackensie, y el 4 de julio se dividieron para seguir cada uno por su lado los dos canales que forma aquel rio. El capitán entró en el que se extiende hacia el Oeste, y el doctor Ri-



Sepulcro de los esquimales.

tan sujetos con unas correas sencillas, lo que hace á aquellas barcas muy ligeras y fáciles de manejar. Un extranjero no pone sin desconfianza el pie sobre aquellas pieles que el agua hace transparentes; pero se puede entrar en ellas sin temor: cuando tienen cuidado de engrasaslas bien, duran mucho tiempo. Cada una de aquellas barcas contenia de diez á trece individuos, que llevaban todos adornos en el labio inferior, uso generalmente seguido por todos los habitantes de aquella parte de la América.

Estos pueblos tienen las facciones características de los esquimales: la cara ancha, gruesa y redonda: los huesos de las mejillas prominentes, ojos pequeños y redondos, las cejas como las de los chinos, y la boca grande. Se manifestaron buenos y hospitalarios: empleaban en sus cambios mucha probidad, y bajo este concepto no se asemejaban á otros pueblos de la misma familia que el capitán encontró mas tarde.

Hasta el 25 de julio no llegó el capitán Beechey á la isla de Chamisso, cinco dias despues del término convenido con el capitán Franklin. No encontrándole allí, se adelantó, según sus instrucciones, hacia el mar Arctico, despues de tomar precauciones para el caso en que el capitán llegase durante su ausencia. A mediados de agosto, tocó en el cabo de Hielo, y tuvo fuertes tentaciones de pasarle; pero las órdenes no se lo permitian, y se volvió al estrecho de Kotzebue. Algunos hombres de la tripulación penetraron con la lancha, hasta 126 millas mas allá del cabo.

Durante la estancia que el capitán Beechey hizo en la isla de Chamisso, tuvo frecuentes ocasiones de observar los usos de los esquimales del Oeste, y encontró muchas cabañas abandonadas con indicios inequívocos de haber estado habitadas poco tiempo hacia. El modo con que aquellos pueblos tributan los últimos honores á los que ya no existen, le llamó sobre todo la atención. Colocan el cuerpo en una especie de féretro mal ajustado, y le ponen sobre una tabla que se eleva á la altura de dos pies. Tienen cuidado de que la cabeza esté vuelta hacia el lado de Poniente. Una tienda formada con ramas secas, le rodea como para preservarle de los animales silvestres; pero su voracidad suele derribar aquella débil barrera.

El *Blossom* dejó el *Sund* el 14 de octubre, volvió á pasar el estrecho de Behring, hizo vela al Sur, y llegó al puerto de San Francisco, en California, el 8 de noviembre: el capitán pensaba hacer allí provisiones, pero se vió obligado á ir á las islas de Sandwich, y desde allí á Macao, en donde se proporcionó todo lo necesario. El navío zarpó de Macao el 30 de abril de 1827, visitó el gran Loo-Choo, y acudió al punto de reunión el 5 de agosto. Los hielos le impidieron avanzar tanto hacia el Norte como la primera vez. Volvió á Inglaterra el 8 de setiembre de 1828 despues de una ausencia de tres años y medio: habia recorrido setenta y cinco mil millas.

Ultimo viaje del capitán Ross —Ya hemos hablado de las acusaciones de negligencia de que habia sido objeto este oficial: el honor de un marino no podia sufrir semejante sospecha. Para desvanecerla, no titubeó en hacer el sacrificio de su fortuna y de su vida, si era necesario. Partió en el verano de 1829 en el buque de vapor la *Victoria*, decidido á aventurarlo todo para descubrir una salida por el Oeste en el paso del Príncipe Regente, á donde llegó en el mes de agosto. En la costa Oeste fué abandonada la *Furia* por el capitán Parry: los hielos habian arrastrado al buque, pero las provisiones que habian quedado en la ribera se hallaban en muy buen estado. Despues de apoderarse de ellas, el capitán continuó su ruta hasta la latitud de 70 grados y longitud de 90. La mala estacion le obligó á retirarse á un puerto que llamó la bahía Feliz.

Las visitas de los esquimales contribuyeron á dulcificar la tristeza de aquel largo invierno, y el verano de 1830 le empleó en costear el golfo, y en cerciorarse de si existia un canal que permitiese pasar al Oeste. Por último, adquirió la seguridad de que una lengua de tierra muy estrecha, hacia imposible toda comunicación entre las aguas del Príncipe Regente y el mar del Este. Aquel istmo tiene quince millas de ancho, y está cortado por lagos de agua dulce. Las observaciones que hicieron los viajeros les convencieron que se une á las tierras que forman la bahía de Repulsión. El capitán pasó en la bahía del Sheriff, el segundo invierno, que como el primero, fué riguroso en extremo. El verano de 1831 le dedicó á reconocer las costas del Nordeste, pero en el otoño, la *Victoria* fué arrastrada catorce millas hacia el Norte: desde entonces se perdió la esperanza de salvarla: el invierno acabó de hacer inútiles todos los esfuerzos: obligado el capitán á abandonar en el mes de mayo de 1832, volvió al sitio en donde la *Furia* habia zozobrado. Fué reparada la lancha y los marinos volvieron á ponerse en camino el 4.º de agosto: cuando llegaron al estrecho de Barrow, le encontraron obstruido por los hielos: fué pues preciso regresar á la costa que habian dejado, y pasar allí otro invierno.

Despues de innumerables peligros y fatigas, fueron recibidos el 25 de julio de 1833, en un navío, que por una extraña coincidencia de circunstancias, se vió que era la misma *Isabela* que el capitán Ross mandaba en 1818. Volvió á su bordo despues de una ausencia de mas de cuatro años.

El resultado de esta expedición fué el descubrimiento del istmo de Boothia, del golfo del mismo nombre, y de muchas islas, lagos y rios: la certidumbre de que la punta Nordeste de la América se extiende hasta el grado 74 de latitud Norte, observaciones importantes para las ciencias, y entre ellas para el magnetismo.

LA ALMEA (1).

(Conclusion.)

—¿Y por qué? contestó Lorenzo con ademán de sorpresa y de curiosidad. ¿De dónde nace esa reserva?

—Lo ignoramos, contestó el copto. Esa joven hace poco tiempo que está con nosotros, y su modestia y candor es la causa de que sea la mas pobre de todas.

—Pues os aseguro que esta circunstancia hace mas vivo el interés que me inspira.

Y aproximándose de nuevo á la *almea*, le preguntó cuál era su nombre.

—Maoude.

—¿Y sois egipcia?

La joven tardó algunos momentos en responder, como si dudase, hasta que al fin contestó afirmativamente.

—Sin embargo de lo que de vos me han dicho, me hace creer que no teneis mucha afición á este oficio que ejerceis de bailarina.

—No os habeis engañado.

—Y entonces ¿por qué seguís bailando?

—Porque no tengo otro medio de ganar mi subsistencia.

—¡Infeliz! exclamó involuntariamente Lorenzo. Y sacando del bolsillo una moneda de oro la puso oculta mente en la mano de la joven *almea*, que se resistió al principio á recibirla.

—Tomad, tomad, dijo Lorenzo con muestras del mas puro interés. No será esta la última vez que nos veremos, porque yo pienso permanecer algun tiempo en el Cairo. Lo único que os pido es que tengáis confianza en mí, y que me mireis como un verdadero amigo.

—¿Cómo un amigo? preguntó la bailarina, en cuyos ojos brillaban dos lágrimas de reconocimiento.

—O como un hermano.... ¿Consentís?

—Sí, como un hermano. Adios.

Y al concluir estas palabras las *almeas* se retiraron; despues que Lázaro hubo distribuido entre ellas por partes iguales una corta porción de monedas.

Entonces el joven veneciano se volvió hacia su compañero, que permanecía siempre con las miradas fijas en el mismo punto, como si estuviera sumergido en una profunda meditacion.

—¿Qué os ha parecido el baile? le preguntó.

—Nada os podré decir acerca de él, contestó el anciano; pero la vista de esa joven con quien habeis hablado por algun tiempo, ha despertado en mi mente dolorosos recuerdos.

—¿Os ha conmovido su belleza como á mí?

—Sí, es muy bella, exclamó el anciano con triste acento.

—¡Oh! sí, muy bella. ¿Visteis la gracia que acompañaba á todos sus movimientos? ¿Notásteis cuán hermoso estaba su rostro, animado con los colores de la fatiga y del pudor alarmado? ¡Ah! Los bellos contornos de su cuerpo debia tener la diosa del amor y de la hermosura, á quien adoraban los griegos. Así debe estar formada la belleza ideal que se figuran los poetas en sus ensueños de entusiasmo y de inspiración.

—He aquí la juventud: siempre exaltada, siempre mirando los objetos por el lado del placer. ¿Por qué no sucede lo mismo á la ancianidad? Todo lo que se presenta á su vista, solo sirve para traer recuerdos á su mente; y como en la vida son mas numerosos los momentos de desgracia que de dicha, esos recuerdos van acompañados siempre de dolorosas circunstancias, que solo sirven para hacer mas amargos los instantes presentes.

—Tal vez será así; pero Maoude solo inspira amor y entusiasmo.

—A vos, Lorenzo, pero no á mí. Mientras que la contemplábais con los ojos del placer, yo habia retrocedido á los juveniles años de mi vida, y recordaba escenas de desgracias y de tormentos. Pero teneis razon... ¿Qué conseguimos con afligirnos? Aumentar nuestros sufrimientos y padeceres.... ¡Ah! existencia triste es la nuestra, en que solo se consigna gozar, para que estos gozes se conviertan despues en instrumentos de lágrimas y tormentos. Pero ese es el destino del hombre, y forzoso es conformarse con él.... Adios, Lorenzo: tal vez el sueño disipará el velo de tristeza que cubre mi vista todos los objetos. ¡Feliz aquel que puede encontrar en el reposo un momento de alivio!

Dicho esto se retiró Orsini dejando sumergido á Lorenzo en su apasionado arrobamiento.

III.

Las doce de la noche serian poco mas ó menos cuando el joven veneciano estaba todavia absorto en sus meditaciones. Fijos los ojos en el azulado cielo, tachonado de millares de estrellas, cuya claridad no interceptaba ni la mas ligera nubecilla, y contemplando esas mismas estrellas reproducidas exactamente en las aguas del Nilo que inundaban la calle, el joven creia estar presenciando una de esas escenas que se refieren en las *Mil y una noches*, en las que todo es extraordinario y maravilloso. La imagen de Maoude, la encantadora *Almea*, le parecia ser la hada que hermo seaba

cuanto veia en torno de sí, y los esbeltos minaretes de las mezquitas y las ruinas del *Sol-ha-Eddin*, antiguo palacio del sultán Saladino, se representaban á su ardiente imaginación como sombras de gigantes, que solo esperaban una señal de la hada para sumirse de nuevo en las colosales tumbas coronadas de dragones y estatuas, de donde con su magia las habia sacado. Lorenzo estaba bajo la influencia de uno de esos momentos de delirio en que se vé, no con los ojos, sino con la imaginación.

De repente y cuanto mas absorto estaba en sus extraños pensamientos, oyó el acompasado ruido que causaban los remos de una barquilla al chocar en el agua. Al mismo tiempo un resplandor rojizo se deslizó ligeramente sobre las aguas, acercándose cada vez mas á la ventana desde donde Lorenzo contemplaba todos los objetos exteriores. El joven veneciano, sin saber por qué, se estremeció al descubrir la pequeña embarcación; pero su ansiedad se hizo mas intensa al notar que su marcha era mucho mas lenta al pasar por debajo de la estrecha ventana á la cual estaba asomado. Entonces, de enmedio de las aguas, y como si hubiese habido bajo el liquido elemento una de esas fabulosas sirenas que, según Homero, atrajeron con la irresistible melodía de su acento á los compañeros de Ulises para despues devorarlos, salió una dulcísima voz, que en lenguaje corto, cantó los versos siguientes.

Infeliz es la existencia
De la almea desgraciada;
Siempre por todos buscada
Como fuente de ilusion:
Mas la ilusion, cual el viento
Huye con veloz carrera,
Y la que ángeles fuera
No inspira ya mas que horror.
De las pasiones juguete
Muger vil y aborrecible
Ni aun siquiera le es posible
Buscar consuelo en amar.
¿Qué es la pasión de una almea?
¿Qué sus votos, sus lamentos?...
Solo para ella hay tormentos.
Solo le es dado llorar....

Este cántico melancólico hizo estremecer á Lorenzo, que sin poder dominar la agitacion de que era presa, pronunció en alta voz el nombre de Maoude.

—¡Adios, hermano! exclamó la joven *almea*, pues era ella efectivamente. ¡Adios, hermano!

Y la barca desapareció en las tinieblas, pudiendo Lorenzo distinguir por algun tiempo, y á gran distancia, la luz del farol, que acabó por ocultarse tras los elevados muros de la mezquita de *El-Hakym*.

El joven franco se retiró entonces de la ventana, y fué á buscar en su lecho el descanso de que tanta necesidad tenia; pero inmediatamente el reposo huía de sus párpados, y la imagen de Maoude, revestida de sus encantadoras formas, y en todo el esplendor de su belleza, se presentaba á su acalorada mente, sin apartarse de ella ni un solo instante. Lorenzo amaba ya con todo el fuego de la pasión mas viva, con toda la vehemencia con que se ama en el oriente. Parecia que el abrasado soplo del desierto habia penetrado hasta su corazón comunicándole todos sus ardores.

Al fin, los primeros resplandores de la aurora comenzaron á ahuyentar las tinieblas de la noche, y el astro del dia mostró su disco encendido en el horizonte. Los primeros rayos del sol naciente encontraron á Lorenzo, que solo, y sin que nadie le dirigiese, recorria las tortuosas calles del Cairo. El joven iba en busca de la *almea*, sin tener otro guía que su amor y su corazón. Pero el sol habia recorrido ya la mitad de su carrera, lanzando sus abrasadores rayos sobre las cúpulas de las mezquitas, y todavia Lorenzo no habia podido encontrar el objeto que con tanta ansia buscaba. Errante en una ciudad para él desconocida, iba de un lado á otro, sucediéndole no pocas veces volver al mismo punto de donde habia salido.—Cansado al fin, y devorado por una ardiente sed, entró en uno de los baños en busca de sombra y frescura; y allí recostado en un diván, pidió un sorbete, que le trajo uno de los que estaban encargados del servicio interior del edificio. Cuando con mas placer humedecía sus desecados labios, oyó el agudo sonido de la flauta, y un instante despues las seis *almeas* de la noche anterior, precedidas de Maoude, que descollaba entre ellas como descuella la erguida palmera del desierto sobre los marchitos arbolillos de los Oasis, entraron en el salón principal, donde se habian reunido varios egipcios para verlas. Entonces comenzaron las *almeas* su baile; pero ya no causó la misma impresion á Lorenzo que algunas horas antes. Ahora le parecia que todos los que contemplaban á Maoude, la profanaban con sus miradas. Aquella gracia, aquellos movimientos llenos de voluptuosidad y de encanto, no debian ser vistos sino por él solo, porque él solo la amaba, él solo no miraba en ella una bailarina sino un ser superior á cuantos pueblan la vasta superficie de la tierra; un ente celestial mas bien que criatura humana. Así levantándose velozmente del diván en que hasta entonces estuviera reclinado, se acercó á Maoude, y tomándola de la mano, casi con violencia, la condujo á un lado del salón.

—¿Recuerdas, Maoude que yo soy tu hermano? le dijo con voz interrumpida y agitada.

—Sí, no lo he olvidado, contestó la *almea*.

—¿Y un hermano tiene facultad de dar un consejo á su hermana?



(1) Véase el número anterior.

—Sí, la tiene.

—Pues bien: de hoy te ruego que no vuelvas á bailar en público. Desde hoy, te suplico, que abandones ese oficio humillante y envilecido que cubre de oprobio á cuantas le adoptan. Cuando yo veía brillar el impuro fuego de los deseos en los ojos de esos imbeciles que solo miran en tí tus movimientos; cuando yo los veía aplaudir en el momento en que tus pies se movían con la agilidad de los de la gacela, entonces sentía impulsos de arrojarlos sobre ellos y de sumergir mil y mil veces un yatagan en sus pechos.... No, no debes volver á bailar.

—¿Pero cómo he de complacerte, hermano mío? exclamó Maoude contemplando con tristes ojos á Lorenzo: Ya sabes que estoy...

—Basta: desde hoy ya no tienes que pensar en lo futuro. Soy rico, y los bienes de los hermanos deben ser comunes.... ¿Me comprendes?

—¡Ah! gracias, gracias, exclamó la joven llena de reconocimiento, llevando á sus labios la mano de Lorenzo, que estrechaba entre las suyas.—Dispon de mí como quieras, si es el honor tu guía; y me consideraré desde hoy como tu esclava....

—Mi esclava no, dijo Lorenzo entusiasmado.—Otro título será el que yo daré.... ¿Quieres ser....

Pero de repente, como si un súbito temor hubiese helado las palabras en sus labios, se detuvo y quedó sumergido en un profundo silencio. Maoude que lo notó le preguntó la causa.

—No es nada, dijo el joven con aire mas tranquilo.—Vamos, ven á la habitación de tu hermano.

Y ambos jóvenes, sin pérdida de tiempo tomaron el camino del barrio de los Francos, y media hora después ya estaban en la posada en que pararon. Orsini había salido.

IV.

—Hermano, dijo Maoude tan luego como hubo entrado: entre tú y yo, ya no debe haber secretos. Así escucha que voy á decirte quién soy, y la relación de las desgracias que me condujeron á este país.

—¿Cómo, no eres egipcia? preguntó Lorenzo admirado.

—No, óyeme. Nací en Grecia en la ciudad de Corinto. Apenas tenía un año, cuando los griegos se sublevaron contra los turcos. Mi padre pereció en la refriega á manos de los musulmanes, y mi madre y yo fuimos vendidas como cautivas á Abdallá, gobernador de San Juan de Acre en Siria. Mi madre, joven y hermosa, no tardó en llamar la atención del gobernador, quien desde aquel momento la proclamó su favorita. Yo entre tanto, crecía en la casa de campo de Abdallá que tenía en las inmediaciones de la ciudad. Vigilada por mi madre y rodeada siempre de criadas, que obedecían hasta el mas ligero de mis infantiles caprichos, todos creían congratularse con la madre, mostrándose obsequiosas con la hija; y efectivamente ella les agradecía el cuidado de que era yo el objeto.

Así pasaron los primeros años de mi niñez. Mi madre me hablaba continuamente del autor de mi existencia, á quien no tuve la dicha de conocer; y cada vez que sus labios pronunciaban su nombre, un torrente de lágrimas bañaba sus mejillas. Mas tarde conocí la causa de tan profundo dolor. ¡Pobre madre mía! Cuando tu gozabas en compañía de tu esposo el inapreciable placer de amar y ser amada, te viste arrebatada repentinamente de sus brazos para ser encerrada en un harem, donde un señor te pedía las caricias, no con el acento amante de la súplica, sino con un tono áspero y altivo, cual del señor absoluto para su desgraciado esclavo! ¡Ah! ¡cuánto bendigo al cielo por haberme libertado de tan cruel destino!—Trece años habían transcurrido desde que se abrieron mis ojos á la luz: estábamos en el de 1833. Un día Ibrahim Bajá, ese soldado que levanta con los pies de su caballo la arena del desierto, seguido de una hueste numerosa, atravesó el *El-Arich y Gaza*, con su cinturón de naranjos y de higueras, semejante á un tapiz de Persia de color verde esmeralda, extendido al pie de las montañas, le abrió sus puertas. Pero Ibrahim es hijo del desierto, y es en las áridas llanuras de la Galilea donde reúne su ejército para ir después á situarse en las inmediaciones de San Juan de Acre.—Eo vano será que intente pintar el terror que entonces se apodera de nosotros, timidas mugeres, amenazadas por el poder brutal de la soldadesca desenfrenada. Sin embargo, Abdallá rehusó á defenderse hasta el último trance, halla medio de sacarnos ocultamente del harem y trasladarnos á la ciudad, ante cuyas puertas estaba acampado el ejército sitiador. El gobernador no tenía mas que tres mil hombres, y algunos buenos artilleros, resueltos á perecer antes que rendirse. Ibrahim trató tres veces de dar el asalto, y otras tantas fué rechazado, sirviendo de sepulcro á sus soldados las sinuosidades de que está rodeado San Juan de Acre. Esta fortaleza inespugnable era siempre el San Juan de Acre, contra el cual se es-

trellaron las fuerzas de Napoleon. Viendo Ibrahim que nada podía conseguir, pide refugio á su padre. Mehemet-Ali, despuebando sus campañas de *fellahs*, y hasta los inútiles se reúnen en torno de la bandera del hijo del virey. Sin embargo, todo fué inútil: la plaza se sostenía á pesar del gran número de sus enemigos. Pero Ibrahim se había propuesto conseguir su idea y continuaba el sitio, á pesar de las exhalaciones de tantos cadáveres de *fellahs* en putrefacción. En todas las inmediaciones no se veían mas que soldados muertos, camellos derribados y caba-

llos corrompidos. Ibrahim mandó se abrieran surcos, y los cadáveres fueron depositados en ellos como las semillas que siembra el labrador. La vasta llanura que rodea la muralla, no ofrece á la vista mas que las ondulaciones y las prolongadas prominencias de aquella inmensa sepultura, donde de día y noche iban á cebarse los buitres y los chakales del desierto. Veinte mil hombres habían perecido ya, cuando Mr. Romei, con la ayuda de una mina hizo volar la muralla menos custodiada. Por aquel punto fué por donde entraron los tigres en busca de su presa. Por allí fué por donde los feroces soldados de Ibrahim se precipitaron en la ciudad, destruyendo cuanto se oponía á su paso. La morada de Abdallá fué asaltada, y nosotros caímos en poder de la soldadesca desenfrenada. Mi madre, mi pobre madre sucumbió á mi vista, herida por el yatagan y ya el arma terrible se alzaba sobre mi cabeza, cuando un hombre me arrebató en sus brazos, y después de haberme colocado delante de sí, partió con toda la velocidad de que era capaz su caballo árabe.

Inútil sería referir ahora lo mucho que sufrimos antes de llegar al Cairo. Abdalkil, que así se llamaba el hombre generoso á quien debo la salvación de mi existencia, me amaba con el tierno afecto de un padre. Pero era pobre, y el infeliz no podía trabajar por haber perdido el brazo izquierdo en el sitio de San Juan de Acre. El fué el que me aconsejó entonces que abrazase la profesión de *almea*, á lo que accedí gustosa; pero después de haber perdido á mi segundo padre, cuando conocí el desorden á que se entregaban todas mis compañeras, miré con horror el oficio á que estaba dedicada, en el que sin embargo hubiera continuado, á no haberme parado el cielo un hermano, que vino á librarme del yugo de infamia que tanto me oprimía.

—¿Y recuerdas por ventura el nombre de tu padre? exclamó Lorenzo que la había escuchado con cierta sorpresa mezclada de inquietud.

—Mi padre era veneciano y se llamaba Orsini.

—¡Gran Dios! gritó Lorenzo, cuya inquietud se aumentaba por grados.—¿Y el de tu madre?

—Blanca.

—¿Y el tuyo Violetta? dijo el joven veneciano fuera de sí de alegría.

—Sí: ¿quién te lo ha dicho? dijo sorprendida á su vez Maoude.

—¡Ah! Orsini ¿por qué no viene?

—Aquí está, aquí está, exclamó el anciano precipitándose en la habitación, y estrechando con delirio entre sus brazos á la *Almea*.... todo lo he oído ¡hija mía! alma de mi vida....

—Sí, Violetta, abraza á tu padre Orsini.

—¡Padre mío!.... exclamó la joven griega.

Y los dos quedaron sumergidos en ese elocuente silencio, que no es dado á la pluma describir....

Pasados los primeros momentos de alegría y de ternura, Lorenzo se dirigió á Orsini.

—Y bien, le preguntó, ¿podéis ahora ser feliz?

—¡Ah! sí, sí. Soy el mas venturoso de todos los padres; contestó el anciano, estrechando de nuevo entre sus brazos á su hija.

—Y yo no lo seré mientras mi amigo Orsini no me conceda la mano de su encantadora Violetta.

—¿Qué respondes tú á eso? dijo á la joven griega el encantado anciano.

—Antes eramos hermanos, contestó ella bajando los ojos.

—¿Y ahora seremos?... añadió el veneciano.

Violetta dejó por concluir la frase; pero el rubor de que se cubrieron sus mejillas fué el mejor intérprete de lo que pasaba en su corazón. A lo menos, Lorenzo se dió por satisfecho, porque después de haber contemplado á la encantadora *almea* por algunos instantes en silencio, exclamó tomando una de sus manos, que estrechó contra su pecho.

—Basta, Violetta, basta. El carmin de tu rostro me dice que soy feliz.

Y volviéndose á Orsini, que contemplaba á los dos amantes, con una expresión de dicha inefable, añadió:

—¿Aborreceis ahora el Egipto?

—¡Oh, no! exclamó el anciano con vehemencia. No le aborrezco, porque en él he encontrado el tesoro de mi hija. En adelante ya no contemplaré con indiferencia sus grandiosos y eternos monumentos. Las pirámides serán tan elocuentes para mi corazón como lo fueron para los pasados siglos. Esas esfinges, que desde los elevados puestos que ocupan parecen otros tantos centinelas que vigilan con atención hasta las mas pequeñas acciones de los estrangeros, me parecerán en su terrible inmovilidad, los inmortales guardas de este país de portentos. Si, en adelante ya no contemplaré todos los objetos que me rodean al través del prisma del dolor. Es cierto que perdí á mi Blanca, pero no lo es menos que he hallado á mi hija, y su presencia es un bálsamo consolador que cicatriza mis envejecidas llagas. Sí, Violetta, mi encantadora *almea*....

—¡Ah! no, padre mío: exclamó Maoude precipitándose en sus brazos, y con tono de súplica interrumpiéndole. No me volváis á dar tan odioso nombre, porque no he seguido las huellas de las demas que se dedican á ese ejercicio. Llamadme Violetta y nada mas.

La joven no contestó, pero extendió su mano al veneciano que la cubrió de ardientes besos, formando los tres un interesante grupo, digno del pincel del Españolito.

LA SALA PARDAY LA SALA NEGRA.

ANÉCDOTAS ALEMANAS.

Al partir para Italia Blendeau, se detuvo en una ciudad del Norte de Alemania, en casa de un amigo suyo llamado Rebman, administrador de un dominio real, á quien había visitado muchas veces. Amigo mío, le dijo este, no tenemos disponible en este instante mas que la Sala Parda; pero tú no querrás pasar la noche en ella.

—¿Y por qué? replicó Blendeau.

—¿Has olvidado ya á la dama castellana?

—¡Bah! no pienso en ella. He vivido cinco años en la capital, y actualmente maldito el miedo que tengo á los espíritus; déjame, pues, dormir en esta sala.

Brigida condujo á Mr. Blendeau á la Sala Parda.

Un momento después, la esposa y los hijos del administrador llegaron de la feria; nada les dijo de su amigo, pues quería sorprenderles al día siguiente en el desayuno con tan agradable visita. La Sala Parda estaba situada en el segundo cuerpo del edificio, y en el extremo de una de las alas del castillo. Brigida colocó sus dos candeleros sobre una mesa, debajo de un antiguo espejo, y se apresuró á salir. El joven viajero púsose á examinar con atención este viejo gabinete; la enorme chimenea de hierro tenía esculpido el número del año 1616; una puerta de pequeños vidrios redondos unidos con tiras de plomo, daba salida á un largo y sombrío corredor, que conducía á la Torre de los Calabozos; la cama estaba adornada de un grande toldo y cortinas de seda con ribetes de oro, y los muebles no habían mudado de puesto, tal vez mas de cien años había. Pero la dama dueña del castillo remontaba á una época mas remota; Gertrudis, este era su nombre, había prometido mientras viviese consagrar á Dios su virginidad; iba á encerrarse en un monasterio, cuando el conde Hugo el Negro la arrebató el honor en la Sala Parda. Rehusósele entonces la entrada en el santuario de las vírgenes, y se envenenó en esta misma sala, por lo que su confesor la condenó á sufrir trescientos años los tormentos del purgatorio. Esta rigurosa penitencia no será terminada hasta el año 1860; entretanto debe aparecerse su alma todas las noches en la Sala Parda.

Blendeau había oído hablar mil veces de estas apariciones; decíase que la dama del castillo se mostraba con un crucifijo en una mano y un puñal en la otra. El amigo de Rebman no las tenía todas consigo, aun cuando parecía estar muy tranquilo; sin embargo, corrió los cerrojos á todas las puertas: apagó las luces, tendióse en la cama y se durmió. Dos horas después despertó el toque de media noche; ve la sala alumbrada, levántase con espanto, fija los ojos sobre el antiguo espejo, y descubre el espectro de Gertrudis, cubierto con una sábana blanca, llevando un crucifijo en la mano izquierda, un puñal en la derecha, y ceñida su cabeza con una corona de romero entrelazada con sus cabellos. Vé en el espejo, á la luz de los candeleros, el fijo brillo de los ojos, y la palidez de los labios de Gertrudis, que ora en voz baja.

Aterrado el joven quiere salir de la cama, pero vanos esfuerzos; el terror ha paralizado todos sus miembros y permanece inmóvil.

Entretanto la fantasma se adelanta hacia él con un puñal levantado, y arrojándole miradas terribles, pónese encima del pecho, y su mano deja caer algunas gotas de veneno. Blendeau salta al fin fuera del lecho y corre á la ventana para pedir socorro, pero el espectro le detiene, pone una mano sobre la ventana, y con la otra abraza al joven, que siente sobre su espalda la impresión del frío sudor de la muerte. No tiene ya la antigua castellana en sus manos ni puñal ni crucifijo, pero parece querer prodigar y recibir pruebas de amor. El joven se desprende de sus brazos, y se precipita hacia la pequeña puerta. Un esqueleto que acababa de entrar, tenía cogida la cerradura con la mano izquierda: era el del conde Hugo, cuya descarnada cabeza horrorizaba. A su vista, Gertrudis cae en el suelo; apáganse las luces; Blendeau se refugia en su cama, se esconde entre las sábanas, y todo queda sumido en un profundo silencio. La estremada fatiga acabó para dejarle disfrutar de un tranquilo sueño.

Levantóse al despuntar el alba, sudando á mares; sus sábanas estaban mojadas.—No supo que pensar de su horrible aventura: las velas consumidas, la alteración y desarreglo de algunos muebles, todo le probaba que su vision no había sido un sueño; pero no atreviéndose á hablar de ello á Rebman, montó á caballo y partió al momento.

Luego que se hubo publicado esta aventura en 1810, en el periódico *El Sincero*, con una nota en la que Mr. Blendeau atestiguaba, en nombre del honor y con peligro de su vida, la verdad de esta historia causó una gran sensación, y fué objeto de casi todas las conversaciones de Berlín. Un médico publicó entonces una aventura del mismo género que le había sucedido en una Sala Negra.

«Dirígame un día, dice, al castillo de un teniente coronel de Silbeiten, cuya hija estaba gravemente enferma; en él me hicieron permanecer algun tiempo para ofrecerle mis cuidados, y se me preparó una sala donde me retiré muy temprano. Su apariencia era bastante lúgubre, y extrañas figuras negras cubrían las paredes, el techo, y las antiguas y macizas puertas. Un criado vino á preguntarme si me hallaba bien estando solo en el aposento, ó si quería que se quedase conmigo. Yo me burlé de él y de todas las historias de almas

aparecidas que me contó sobre la Sala Negra, la cual gozaba de un fatal renombre, y me dormí después de haberlo observado todo y cerrado bien las puertas. Estaba en el primer sueño cuando oí pronunciar mi nombre en voz baja. Entreabro mis ojos, y veo que la sala estaba alumbrada por una luz extraordinaria, y que una mano fría acababa de tocarme, y junto a mí, sentada en la cama, una figura pálida como la muerte y vestida con un paño mortuario que me estiraba sus helados brazos. En un primer movimiento de terror di un grito é hice un movimiento hacia atrás. En el mismo instante oí dar un violento golpe, sintiendo que la imagen había desaparecido y encontrándome de nuevo en la oscuridad. Sonó el reloj, eran las doce....

«Levantéme en seguida, encendí dos velas y me vestí de nuevo; todo estaba bien cerrado, iba á atribuir á un sueño cuanto había pasado, cuando habiéndome acercado á la cama con una luz, descubrí un rizo de cabellos sobre la almohada. No podía haber venido allí sino por una causa extraordinaria; pero en el momento en que mi imaginación se entregaba á diferentes conjeturas, por esta circunstancia, oigo andar con pasos precipitados y llamar á mi puerta: Levantaos, grita una voz, la señorita se muere.

«Vuelo al punto al cuarto de la enferma, y la hallo sin vida: un poco antes de sonar las doce, me dijeron, se despertó, y después de haber respirado fuertemente exhaló el último suspiro. Su madre, inconsolable, quiso antes de abandonar el cuerpo de la jóven, conservar un rizo de sus negros cabellos; mas ¡cuál sería mi espanto cuando veo que le falta uno, y que era el mismo que había encontrado sobre la almohada en la Sala Negra...! Al día siguiente me sentí atacado de una enfermedad peligrosa, la misma de que había muerto la jóven.»

Mientras el médico publicaba esta aventura, un abogado durmió en la propia sala, y vió con corta diferencia lo mismo. Avisada la justicia, reconoció la estancia, y se descubrió un boquete al lado de la cama, cubierto con una trampa, el cual comunicaba con el cuarto que ocupaba la camarera. Examinados los criados, se supo que el jóven que quería disuadir al médico durmiese en aquella sala, todas las noches aprovechaba esta salida secreta para recoger el fruto de sus amores con la doncella. Era ésta una linda muchacha de 18 años, que el doctor y el abogado tomaron por un espectro. Fué, como todas las noches lo hacía, á meterse en la cama de su amigo Augusto, que por desgracia tenía el mismo nombre que el médico, al tiempo que éste dió á conocer su espanto, y temerosa de hallarse descubierta, le dejó sobre la almohada un rizo que había cortado á su señorita, y al pobre hombre medio muerto.

Así que esta historia se vió aclarada, el mismo periódico descubrió las aventuras de la Sala Parda. Todo era obra de los hijos del dueño del castillo, á los cuales Brigida había referido la llegada de Blendau: la jóven Carlota desempeñó el papel de Gertrudis; un esqueleto, del cual su ayo se servía para las lecciones de anatomía, representó el conde Hugo; los dos hermanos de Carlota habían abierto el cerrojo de la pequeña puerta, pasando la mano por el vidrio roto.

De esta manera se descubrieron ambas intrigas, y las consejas que de boca en boca circulaban entre la plebe, vinieron á quedar en desuso, olvidándose de allí á poco tiempo.

ESPECTACULOS.

Ha regresado del extranjero la célebre bailarina española, doña Josefa Vargas, el sábado hizo su primer salida en el teatro del Instituto, y ocioso es manifestar ni describir el sinnúmero de ovaciones que mereció de parte de sus muchos apasionados y admiradores. Bailó como tiene de costumbre; bien y con aquella zanduga especial en que tanto sobresale esta digna hija de Tersicore.

Siguen muy adelantados los ensayos de la comedia del señor Rubí, titulada *La flor de la maravilla*; pronto, muy pronto se pondrá en escena. Las dos últimas comedias estrenadas últimamente en este mismo coliseo, no han dejado cumplidamente satisfecho al público. La una por su asunto, y la otra por sus tendencias se adaptan mas á otra clase de espectadores que el que concurre con frecuencia á este teatro.

El de la calle Valverde sigue sin novedad: ora desaparece, ora reaparece semejante á la luz que va llegando á su término, que desprende un fulminante y repentino resplandor para dejarnos luego en las mas espantosas tinieblas.

La junta de censura de los teatros del reino ha aprobado sin hacer ningun género de corrección, una lista de veinte y cinco producciones dramáticas, cuyos títulos publica la Gaceta del miércoles. También han sido aprobadas con varias correcciones ó supresiones, sin las cuales no pueden ponerse en escena las obras siguientes:

Almanecer, zarzuela en un acto.

La gira en San Juan, ópera cómica en dos actos.

Pobreza y honor ó Maria la española, comedia en cinco actos.

Igualmente han sido prohibidas por la misma junta las producciones siguientes:

El vecino y vecina, juguete cómico en un acto.

Elegir sin elegir, comedia en tres actos.

El jueves se verificó en el Teatro Real, el beneficio que estaba anunciado del cuerpo de coros.

El miércoles de la semana anterior, partieron para Francia la señora Frezzolini y la Moltini en compañía del señor Barriolhet.

También han marchado á Milan la pareja Cerrito y Saint Leon; el teatro Real se ha cerrado definitivamente por ahora y se están devolviendo á los abonados el importe de veinte y ocho representaciones que faltaban para el completo de las ciento cincuenta que tenían pagadas.

En las carreras de caballos que el martes en la tarde se verificaron en el Real sitio de Aranjuez, ganó el premio de 16,000 rs. ofrecido por la empresa del ferrocarril, la yegua *Clementina*, propia del conde de Salvatierra, en competencia con la *Carisima* de don Santiago Talbi.—El premio de 2,000 rs. de la Sociedad lo obtuvo el caballo *Coronel*, de don Ignacio Figueras.

Con el nombre de el General Mil Hombres se está enseñando al público en Barcelona un fenómeno notable. Mide el general tres pies y medio de estatura; el pecho sobresale cinco dedos de su cuerpo; tiene tres codos en cada brazo, las manos sin falanges, las caderas salidas de su cuerpo mas de lo regular, las rodillas intercaladas y los pies de pato; toca dos instrumentos á un tiempo, el tamboril y silbo; á mas baila y toca las castañuelas.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 9 DE JUNIO.—Año de 1808. Napoleon reúne en Bayona un congreso de españoles para dar colorido á sus actos de violencia.

DIA 10.—1835. Bloquean los carlistas á Bilbao.—1839. Accion de los Cardeños.

DIA 11.—1834. Muere en Albestoke (Inglaterra) doña Maria Francisca Asis de Braganza, esposa de don Carlos de Borbon, y madre del conde de Montemolin.

DIA 12.—1837. Derrota de los carlistas en los campos de Grá.

DIA 13.—1843. Accion de Cascante en Valencia, ganada por el tercer ejército.

DIA 14.—1840. Accion del Carrascal de Pamplona.—1843. Se retiran los franceses de Burgos á Vitoria.

DIA 15.—Primera sesion del congreso de españoles en Bayona.—1844. Gloriosa batalla de la Puerta (Carcas).—1840. Accion de Olmedilla.

TEATRO REAL.



Paso andaluz bailado por la señora Cerrito y el señor Saint-Leon.

Con motivo del Santo Viático que se administró el domingo 4.º del corriente, á los presos de la guarnicion en los cuarteles respectivos, el brillante regimiento de Granaderos obsequió en un patio del suyo, ricamente adornado de alfombras, tapices, armas, flores, etc., á la escogida concurrencia que allí se reunió, en la cual pudimos ver á las marquesas de Vallehermoso y de la Escala, condesa de Sástago, señoras de Loigorri, Micheletta, Gallegos; señoritas del conde de la Puebla y otras personas de todas clases y gerarquías. Durante el almuerzo, la música del regimiento tocó muchas y escogidas piezas, después del cual se retiraron las señoras condecoradas y despedidas por los galantes oficiales, que luego brindaron y bromearon con fraternal armonía, acompañando al compás de una caprichosa fagina que la música tocaba, á su brigadier de quien no quisieron separarse hasta dejarle todos en su casa. El mayor orden y simpática fraternidad, que reinaron durante la funcion, era de esperar de tan brillante oficialidad.

LOGOCRIFO.



La solución en el número inmediato.

M. FONCILLAS.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.